

Cultura científica, práctica popular e identidad. El fútbol rioplatense en el primer Centenario

GUSTAVO VALLEJO

La cultura científica y su crisis

Entre 1910 y 1930, los fastos por el primer centenario de las independencias argentina y uruguaya establecieron dos hitos simbólicos en el Río de la Plata que enmarcan muy densos problemas culturales. Especialmente aquellos que se vinculan a una inédita búsqueda de identidad en la región, que cobró especial impulso cuando en la “gran guerra” se vieron pulverizados los paradigmas civilizatorios del mundo occidental. La cultura científica asociada al mundo anglosajón quedó ensombrecida junto a elites que detentaban su autoridad normativa sobre las sociedades modernas, cuando un creciente afán democratizador se articuló con reacciones culturales que conllevaban un claro signo: aquella cultura científica, forjada en el tránsito de la ilustración hacia la revolución industrial, pasaba a ser vista también como la principal causa de deshumanización, al legitimar una superioridad de individuos, grupos sociales y/o naciones, capaz de ser invocada al momento de emprender expansiones imperiales. La particular realidad insular inglesa que alimentó el núcleo duro de un pensamiento que aunó a Malthus, Spencer y las relecturas intencionadas de la darwiniana *struggle for life*, dejaba de ser un fascinante espejo para nuestra región y se convertía, en cambio, en el fundamento del desastre mundial. La forma en que durante las décadas de 1910 a 1930 se canalizó en el Río de la Plata esta reacción cultural, tuvo mucho que ver con la difusión alcanzada por la obra del uruguayo José Rodó, *Ariel*, la cual afianzó el uso recurrente de una dicotomía que signaría en adelante el sentido de “lo latinoamericano”. Tomando las figuras centrales de *La tempestad* de William Shakespeare, a Ariel se oponía Calibán y de esa confrontación se derivaba la pugna entre lo que ellos representaban,

respectivamente: el mundo grecolatino y el anglosajón; el pensamiento desinteresado y el utilitarismo materialista, el arte frente a la ciencia, el idealismo frente al imperialismo. Y esta vasta metáfora también fue asociada a una reinterpretación local de Oswald Spengler, que permitía rechazar la “decadencia” del viejo mundo desde la vitalidad de las nuevas realidades políticas latinoamericanas, como también a la teoría generacional de Ortega y Gasset —diferenciadora de etapas “cumulativas” en las que los “viejos” dirigen y los jóvenes se supeditan a ellos, y “eliminadoras”, donde los “viejos” son barridos por los jóvenes—, que alimentaba una oportunidad para las nuevas naciones.

Esos pares oposicionales se desplegaron sobre variados discursos y prácticas que pusieron en interacción a una cultura científica, de neto corte elitista, con sectores populares que buscaban ampliar su esfera de intervención social. Dentro de este marco de problemas socioculturales, cabe situar el surgimiento del *football*, en tanto producto de esa cultura científica, como su transformación operada en el contexto rioplatense para que las múltiples derivaciones de aquel juego devinieron un verdadero estereotipo cultural. Tales cambios se vieron retroalimentados por un discurso que, en torno al centenario de las independencias argentina y uruguaya, le dio una identificación universal trascendente a esa práctica en sí, para tender a involucrar a las sociedades que las llevaban a cabo.

El *football* y la formación del *gentleman*

El origen del *football*, como del deporte en general, cabe pensarlo desde preocupaciones emergentes de la modernidad. En la necesidad de los Estados nacionales europeos del siglo XIX de organizar un nuevo sistema de relaciones sociales que les confiriera legitimidad, antecedentes de las prácticas deportivas comenzaron a ser concebidas desde la cultura científica con un sentido disciplinador en sus dos posibles aplicaciones: como preparación de los jóvenes para la guerra o bien como una puja catártica en la que se simulara el enfrentamiento. Y cuando se tendió a insertar esas prácticas corporales en la construcción de nuevos mecanismos de gobernabilidad, ellas formaron parte de un verdadero programa dirigido tanto a la reproducción de la clase dominante como al ejercicio de un estricto control social.

De ese modo, mientras la industrialización y la división del trabajo homogeneizaban un sistema de producción, el tiempo libre de estas ocupaciones comenzaba a ser objeto de una similar estrategia organi-

zativa, que, como aquélla, tuvo su origen en el Reino Unido. Primero para generar un entretenimiento formativo entre aquellos jóvenes que ocupaban un lugar privilegiado en la sociedad, y a través de ese entretenimiento social podían afirmar su carácter preparándose para el futuro desempeño en las altas funciones en las que los requería el sistema político. Y luego, la ampliación del tiempo libre de los asalariados reclamada por el socialismo fue progresivamente dando sus frutos, para extender un afán regulatorio análogo al que presidía el tiempo de trabajo. Vale decir que la “deportivización” de prácticas desarrolladas en el tiempo libre fue el complemento de una civilizatoria regulación del comportamiento humano que, del trabajo, avanzó hasta involucrar decisivamente al ocio.

Para Elías, el paso de pasatiempos o juegos desarrollados en tiempos de ocio a los deportes modernos lo marca el “civilizatorio” control de los desbordes emocionales y de la irrupción de las manifestaciones dionisiacas propias del universo lúdico, a través de reglamentos de carácter supralocal, que asociaciones libres se encargarían entonces de hacer cumplir.¹ La globalización de este sistema de prácticas corporales reglamentadas, que se resumen en la idea de deporte, va a representar, en buena medida, la instauración de reglas para el tiempo libre que operaban a modo de metáforas sobre el Estado de derecho. Ellas inicialmente participaron de estrategias dirigidas a instalar las virtudes de la autocoacción y el sometimiento a la ley, dentro de establecimientos educacionales anglosajones encargados de formar ciudadanos en la autodisciplina y el control de las pulsiones emocionales.

Fue en colegios que, bajo la denominación de *public school*, se distinguieron por apartarse de los tradicionales métodos pedagógicos, donde las nuevas prácticas deportivas se desplegaron sobre quienes podían disfrutar del ocio, algo que de por sí indicaba un estatus social, para favorecer a través de ellos la reproducción de la burguesía inglesa.² Los colegios de Eton y Rugby se constituyeron en emblemáticos ejemplos de la aplicación de prácticas al aire libre dentro de nuevos sistemas educativos. Su desarrollo, en paralelo con el avance del darwinismo social como sustento ideológico de una concepción ultraliberal de progreso ilimitado, afirmó el propósito de entrenar a los futuros di-

1. Norbert Elías, “Introducción”, en N. Elías y E. Dunning, *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México, FCE, 1995, pp. 31-81, 53.

2. Véase Pierre Bourdieu, “¿Cómo se puede ser deportivo?”, *Cuestiones de sociología y cultura*, Madrid, Istmo, 2000, pp. 173-194.

rigentes en la escisión entre el mundo afectivo y el universo de las decisiones, tratando que el primero no contaminase el segundo.³ En eso consistía la originaria noción de *fair play* que planteaba una toma de distancia de lo afectivo cuando se entraba en una competencia que simulaba la *struggle for life*, y donde no cabía la solidaridad —como tampoco podía socialmente admitirse la noción de asistencia— ni aun entre los mismos integrantes del equipo, a quienes no los unía el afecto sino un racional objetivo común y una división de las tareas para alcanzar la victoria.⁴

Con esas estrategias se esperaba crear el *gentleman*, individuo capaz de desempeñarse en las más altas esferas de la sociedad después de afirmar su carácter en el autocontrol y en el sometimiento a reglas como las que establecía la puja deportiva. El joven debía afirmar su carácter en el distanciamiento del mundo de los sentimientos para someterse a las reglas establecidas por la puja deportiva.⁵ Para Thomas Arnold, rector de Rugby, la práctica deportiva era un instrumento de pedagogía social que permitía superar la turbulencia, la indocilidad, la impiedad, el escarnio, la débil moralidad de los estudiantes ingleses, y modelar la figura del *gentleman* en directa correspondencia con el *fair play*.⁶ Arnold introdujo el gusto por la “lucha civilmente regulada”, que influiría decisivamente en la idea olímpica que comenzó a desarrollar Pierre Coubertin, tras familiarizarse con las teorías científicas de Spencer, Darwin y las *public school* inglesas. De la primera generación de egresados de las *public schools* surgieron los líderes de otra corriente pedagógica que, aun con los nuevos matices introducidos, vino a prolongar aquellos arraigados objetivos en instituciones que adoptaron la denominación de *new-schools*: primero la Escuela de Abbotsholme, creada en 1889 por Cecil Reddie a orillas del río Dove, en Derbyshire, y luego la Escuela de Bedales, creada por Badley en 1893 en el condado de Sussex.⁷ Con

3. Julio Frydenberg, “Prácticas y valores en el proceso de popularización del fútbol, Buenos Aires 1900-1910”, en *Entrepasados* 12, 1997, p. 20.

4. Gustavo Vallejo, *Escenarios de la cultura científica argentina. Ciudad y Universidad (1882-1955)*, Madrid, CSIC, 2007.

5. Elías ha señalado la paralela emergencia de los términos *gentleman* y *sportman*, para denotar su convergencia a un programa educacional común, “La génesis del deporte como problema sociológico”, en N. Elías y E. Dunning, *op. cit.*, pp. 157-184.

6. Gaetano Bonetta, “Il ‘tempo storico’ di Pierre Coubertin”, Rosella Frasca (ed.), *De Coubertin. Memorie olimpiche*, Milán, Mondadori, 2003, p. xviii.

7. Bedales fue ampliamente descrito en obras de su creador. Pueden verse de Badley: *Education after the War*, Oxford, Blackwell, 1917, y *Bedales a Pioneer School*,

ellas, como antes con las *public schools*, quedó instituido un ineludible sistema preparatorio exigido para acceder a las muy exclusivas universidades de Oxford y Cambridge.

Las nuevas instituciones educacionales dieron especial impulso a las prácticas desarrolladas al aire libre, también por la influencia de las teorías biológicas modernas. La evolución había originado la complementaria inquietud antievolucionista, por la que se reactualizaba el degeneracionismo de Morel en una clave ambiental: atento a lo que señalaba Lamarck, como las partes de un individuo podían desarrollarse o no de acuerdo con una acción continua o un descanso completo, la falta de ciertos estímulos en el organismo producía degradaciones antievolutivas. La respuesta neolamarckiana a estos problemas residió en el estímulo a la actividad física en las escuelas para evitar la “degradación” del organismo. Coubertin aunó a Morel, Lamarck y Darwin en una cruzada dirigida a evitar “un retroceso de la raza” y a exaltar el necesario papel del deporte en la *struggle for life*, a través de la tarea educativa.⁸

El Colegio de Rugby, cercano a Oxford, dio el nombre a una de las prácticas desarrolladas con una pelota conocida como *football*. La forma de la pelota utilizada distinguió al juego que precisamente llevaría el nombre del Colegio, de otro que alcanzó un éxito mucho mayor para dar origen en 1863, a través de un “acuerdo de caballeros” entre representantes de doce aristocráticos clubes, a la Football Association, denominación contraída en inglés como *soccer*, aunque al final reemplazada universalmente —excepto en los Estados Unidos— por *football* y los derivados de ella en los distintos idiomas. En el patio del Colegio de Rugby, signado por las severas líneas del estilo tudor, las arcadas de sus tradicionales claustros darían la denominación a las metas del juego, las cuales, aunque conformadas fuera de ese contexto por un sistema trilitico de postes y travesaño, no dejarían de ser arcos.

Eton, el otro gran emblema de las *public schools*, fue también un gran espejo de los anhelos que acompañaban el impulso de la práctica

Londres, Methuen, 1923. Para una integración de las *new schools* y sus antecedentes dentro de una perspectiva histórica de larga duración que aborda las transformaciones edilicias de la escuela inglesa, véase Malcolm Seaborne, *The English School its architecture and organization 1370-1870*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1971. Para indagar el devenir de las *new school* inglesas en el siglo XX véase Robert Skidelsky, *La escuela progresiva. Abbotsholme, Summerhill, Gordonstoun* (1969), Barcelona, Redondo, 1972.

8. George Vigarello, *Corregir el cuerpo* (1978), Buenos Aires, Nueva Visión, 2005, p. 110.

deportiva en colegios de elite: un refrán inglés que indicaba que “el Imperio británico se ganó en los campos de deportes de Eton”, alentaba a su vez la convicción de que podían custodiarse los confines de ese imperio a través de la expansión del deporte. Carlos Octavio Bunge, al visitar aquellos colegios ingleses por encargo del gobierno de Julio A. Roca, encontró “el elemento de salud en la raza, de orden y de fuerza en la política, de riqueza en la economía social, de sensatez en la religión, de moralidad en la familia, de patriotismo en la colonización y la conquista”.⁹ Además de formar el carácter de quienes se ubicarían a la cabeza de la nación, el *gentleman* inglés y el superhombre nietzscheano, proyectaban sus atributos a la nación misma para que pudiera participar con éxito en una competencia darwiniana por la supremacía internacional. En esos colegios tenía Inglaterra “el punto de apoyo a todas sus victorias”, “la clave de su espíritu colonizador que tiende a conquistar el mundo”.¹⁰

El fútbol y la emergencia del “pibe”

Fueron precisamente profesores ingleses formados en esas nuevas ideas pedagógicas quienes, después de aislados intentos previos que tuvieron una escasa fortuna, introdujeron el *football* en el Río de la Plata, continuando, por su intermedio y el de los Colegios que crearon, el destino de educadores anglosajones atraídos por las inquietudes pedagógicas modernizadoras de Domingo Sarmiento y Pedro Varela. Hacia 1880 ya estaban funcionando dentro de la exclusiva colonia inglesa, el Colegio Newell’s de Rosario, el English High School de Buenos Aires y el Colegio Británico de Montevideo. En 1881 el pedagogo escocés Alex Watson Hutton llegó a Buenos Aires para hacerse cargo del Saint Andrew College y dar desde allí un decisivo impulso al *football* en la Argentina.

La práctica del *football* pronto trascendió los ámbitos educativos para articularse también con la actividad de clubes sociales y depor-

9. Carlos O. Bunge, “The home education”, *Revista Nacional*, tomo 32, vol. III, Buenos Aires, 1901, p. 217.

10. *Ibid.*, p. 231. Sobre las reflexiones de Bunge acerca de las teorías educacionales anglosajonas, pueden verse: Marisa Miranda, “Evolución y educación: ‘Escuela Nueva’”, Carlos O. Bunge y la UNLP”, *Anuario de Historia Argentina* 4, La Plata, 2004, pp. 121-138; y M. Miranda y G. Vallejo, “Sociodarwinismo y psicología de la inferioridad de los pueblos hispanoamericanos. Notas sobre el pensamiento de Carlos O. Bunge”, en *Frenia*, vol. 6, Madrid, 2006, pp. 57-77.

tivos de esa selecta colectividad que nucleaba fundamentalmente a diplomáticos y funcionarios de la planta jerárquica de los ferrocarriles británicos. De ello dan cuenta el Railways Football Club y el Central Uruguay Railways Cricket Club (CURCC). Y cuando con el ferrocarril también iba sirviendo a la difusión del *football* en el interior de la Argentina, del Central Argentine Railway Athletic, hoy Rosario Central. El desarrollo de esta nueva práctica, en directa correspondencia con los ámbitos sociales y los valores instituidos por la colonia inglesa, originó en 1893 y por impulso de Watson Hutton, la conformación de la Argentine Association Football League, que no permitía a sus dirigentes hablar español en sus reuniones. En 1900 nacía asimismo la Uruguay Association Football League, que prohibió jugar los domingos atendiendo a la costumbre inglesa de hacerlo los sábados. Los valores deportivos ingleses tendieron a ser legitimados por el Estado argentino en 1905 cuando, al mismo tiempo que era fundada en La Plata la tercera universidad nacional de la Argentina aplicando teorías pedagógicas anglosajonas con un novedoso *campus* para la práctica del *football* y el *rugby*, nacía a su lado el Club Estudiantes para la primera de esas prácticas.¹¹

Si hasta aquí el *football* encerraba reglas civilizadas que eran custodiadas de la “barbarización” por una elite británica o bien por un Estado que buscaba exhibirse como portador de esos valores, profundos cambios sobrevendrán a partir de su progresiva popularización. En la medida en que nuevos sectores sociales, ajenos al universo del College y las “distinguidas familias”, adoptaron la nueva práctica, se irían superimponiendo otros valores. La consecuente “hibridación”¹² del *football* supuso que, a partir de un juego y de sus múltiples derivaciones, fuera gestándose una verdadera vía de integración ciudadana para quienes vivían al margen de las costumbres cultivadas por las elites. Este proceso de “reapropiación” que los sectores populares hacían de una práctica reservada a grupos encumbrados de la sociedad,¹³ canalizó también la apelación a la nacionalidad, en una reacción de sociedades de crecimiento aluvional por el arribo de italianos y españoles, que a menudo se confundía con la invocación a la latinidad. En Montevideo la primera ten-

11. Véase G. Vallejo, *Escenarios de la cultura científica...*, *op. cit.*

12. Véase Eduardo Archetti, “Hibridación, diversidad y generalización en el mundo ideológico del fútbol y del polo”, *Prismas* 1, 1997, pp. 53-76.

13. Véase Roberto Di Giano, “El fútbol de élite y su reapropiación por los sectores populares”, en H. Biagini y A. Roig (dir.), *El pensamiento alternativo del siglo xx. Tomo 1: Identidad, utopía, integración (1900-1930)*, Buenos Aires, Biblos, 2004, pp. 211-219.

dencia dio origen a la fundación del Club Nacional con los colores del pabellón de Artigas, mientras que de la segunda surgió el otro tradicional club uruguayo, Peñarol, creado por obreros ferroviarios que, al no ser admitidos en el aristocrático CURCC, fundaban su propia institución con el nombre de una localidad italiana. En la otra orilla del Río de la Plata, las primeras reacciones originadas en torno a las celebraciones del centenario de la Independencia, motivaron la fundación de clubes populares con nombres contestatarios a los de origen británico, hallándose un temprano antecedente cuando en Quilmes, al aristocrático Quilmes Athletic Club, se le contrapuso Argentino de Quilmes con los colores azul y blanco. Desde 1910, se hizo recurrente el apego a una simbología patria emblematizada con nombres de próceres, para vehicular la enfática inserción de un discurso nacionalista en el *football*.¹⁴

La “hibridación” o “criollización” del *football* en el Río de la Plata también comenzó a expresarse en la composición de los equipos, algo que permitió advertir cómo ese proceso se desarrollaba con mayor velocidad en Uruguay que en la Argentina, cuando en 1903 se enfrentaron ambas selecciones en un encuentro presenciado por 4.000 espectadores.¹⁵ Como las denominaciones de los clubes, la tendencia incrementalista de *footballers* “criollos” reforzaba en el imaginario una profunda transformación cultural. En ese proceso se conjugó el grado de popularización del juego con otro factor de importancia, como era el obligado éxodo de jóvenes ingleses que, entre 1914 y 1918, partieron para alistarse en el ejército de los aliados. En 1917 el seleccionado argentino presentó ya en el Campeonato Sudamericano un plantel que, como el uruguayo en 1903, ahora se componía exclusivamente de jugadores “criollos”, esto es, de hijos de inmigrantes “latinos”.

La “criollización” del *football* en la Argentina tuvo una versión canónica construida por la pluma virtuosa de periodistas de *El Gráfico*. Según ella, tras la hegemonía absoluta evidenciada en los campeonatos nacionales por el Club Alumni, cuyo plantel se conformaba en su

14. Véase Julio Frydenberg, “Los nombres de los clubes de fútbol”, en www.efdeportes.com.

15. “Orientales: *goal*, Amílcar Céspedes, *backs*, Carlos Carve Urioste y Ernesto Bouton Reyes, *halves*: M. Nebel (*capitan*), Luis Carbone, y Gaudencio Pigni, *forwards*, Bolívar Céspedes, Gonzalo Rincón, Carlos Céspedes, Alejandro Cordero y Eduardo de Castro. Argentinos: *goal*, J. W. Howard, *backs*, Carlos Carr Brown y Gualterio Buchanan, *halves*: E. Firpo, J. M. Penco y Ernesto A. Brown, *forwards*: G. E. Weiss, Juan J. Moore, Jorge Brown, C. E. Dickinson (*capitan*) y Eugenio Moore”. *Caras y Caretas* 259, 19 de septiembre de 1903.

mayoría por ex alumnos del English High School, sobrevino a partir de 1913 el predominio ejercido por el Racing Club, que llevó en su camiseta los colores de la bandera argentina y conformó su equipo con jugadores “criollos”. La reacción se completó con el apodo de “Academia” que pasó a llevar el primer equipo “argentinado” que lograba quebrar la supremacía del *football* cultivado en los elitistas colegios ingleses. La mítica refundación de lo que se castellanizaría como fútbol, se asentaba en la conformación de un “espacio simbólico” del que emergía un “estilo rioplatense” que tenía en su cultor a un arquetipo claramente definido. Era el “pibe”, producto auténtico de las “orillas” borgeanas quien, a la disciplina de jóvenes educados por tutores ingleses en colegios elitistas, contraponía su astucia y creatividad adquiridas en los “potreros”, esos baldíos de formas irregulares no exentos de grandes obstáculos que incentivaban el *dribbling*; moñas para los uruguayos y gambeta para los argentinos.

Un conjunto de pares dialécticos profundizó la oposición hasta afirmarse el mito en base a una clara representación ideológica. El *dribbling*, que emparentaba la práctica con una danza, y en particular con el tango, se oponía a los pases largos. La emoción dionisiaca de la imprevista acción individual se diferenciaba del apolíneo juego de equipo y la analogía del arte, expresada en la virtuosidad de quienes no jugaban sino que, como intérpretes en una orquesta, “tocaban” la pelota; del disciplinado acatamiento a la “división del trabajo”. En definitiva, a través del fútbol y de sus dos fundaciones, se construyó un mito que identificó a las sociedades rioplatenses con una concepción cultural casi artesanal y preindustrial que las liberaba de las coerciones civilizatorias del culto a la máquina claramente expresadas en un “calibanesco” estilo británico interesado en el resultado, repetitivo y carente de improvisación. El fútbol rioplatense entre el Centenario de las independencias argentina y uruguaya, condensó así una introspectiva búsqueda de identidad en respuesta a la spengleriana decadencia de los modelos culturales que proveía Occidente, a través de la forma de practicar un juego que tuvo entonces dos fundaciones: una llevada a cabo por los ingleses y otra, por “criollos”. Archetti ha estudiado cómo las representaciones en relación con las diferencias entre el fútbol practicado por los ingleses y los “criollos” fueron construidas por la mirada local reflejada en revistas como *El Gráfico* desde 1919, pero también por medios gráficos de comunicación ingleses como *The Standard*.¹⁶

16. E. Archetti, *op. cit.*

En el fútbol “criollo” confluían ambas miradas, que reconocían los cambios producidos en la práctica a partir del dominio que pasaban a ejercer hijos de inmigrantes de origen “latino” procedentes de otra extracción social. El cambio más notorio residía en la impresionante popularización que experimentaba el fútbol en Montevideo y en Buenos Aires, y que se hizo particularmente visible cuando la expansión de la trama y la cultura urbana fue solidificando las disímiles realidades barriales que lo contenían. En Buenos Aires, el barrio y su club de fútbol emergían como una nueva “creación territorial”, en la que confluían “un piso de iniciativas favorecidas por la urbanización fragmentaria de los vecindarios” y la permanente evocación en cada una de estas asociaciones de su historia fundacional, que era de uno u otro modo una “historia épica de jóvenes vecinos impedidos, por aislamiento material o social, de participar en otras instituciones deportivas o culturales”.¹⁷ Por caso, Independiente debe su nombre libertario, acompañado del atuendo rojo, a la decisión “épica” de jóvenes empleados de una tienda inglesa de Buenos Aires, cuyo club les negaba la admisión, de crear un nuevo club en tierras obtenidas en Avellaneda, donde cristalizaría definitivamente su propia identidad y la del territorio que lo albergaba.

Entre el club y el barrio quedaba establecida así una simbiótica relación signada por el prevaleciente afán de progreso, dentro de la creación cultural de este “territorio concreto” que encontraba su sentido en la oposición y los deseos de integración a la gran metrópolis. El club emblematicaba la identidad de un barrio en tanto “pequeño universo cotidiano” devenido un “espacio histórico”, al que, como dice Gorelik, no lo definía “una tradición, ni un destino, sino un proyecto”. Era “la patria chica hecha de promesas de integración, de ascensos, de mejoras, de triunfos”.¹⁸ Es decir que el triunfo como vía de integración física y cultural acicateaba al fútbol haciéndolo sobreponer a la marcada hostilidad que presentaba la gran ciudad para admitir la impresionante demanda de campos de juego de “inadecuadas” dimensiones para una matriz formalizada que era objeto de progresivas subdivisiones. Induciendo a su vez al peregrinaje de jóvenes *footballers* en busca de transformar terrenos desurbanizados en posibles canchas de los clubes que fundaban. Como Independiente, numerosos clubes nacieron en el centro para lanzarse hacia zonas desurbanizadas,

17. Adrián Gorelik, *La grilla y el parque*, Buenos Aires, UNQ, 1999, p. 301.

18. *Ibid.*, pp. 301-302.

en un itinerario de quienes generalmente eran habitantes de conventillos y partían al mismo tiempo en busca de un nuevo hábitat para levantar su “casa propia”, alentados por los recorridos ampliados del ferrocarril y el tranvía.

El barrio fue entonces el territorio de cristalización de la identidad de un nuevo hábitat y, a su vez, el medio a través del cual el “fútbol criollo” pasaba de ser rechazado por la ciudad y la cultura urbana a ser finalmente asimilado. La competencia reactualizaba permanentemente la hostilidad, convirtiéndola en el fundamento mismo de una diversidad que era barrial y futbolística, siendo los traslados de los *footballers* devenidos hinchas la manera en que eran percibidos o bien padecidos los contrastes dentro de la misma ciudad. Esta mirada, en definitiva, contribuyó a afianzar la integración en la nueva experiencia metropolitana desde la percepción de las diferencias, estableciendo entre la ciudad y el barrio un vínculo entre el todo y la parte, que era equivalente a la competencia en sí, aglutinadora de un conjunto de adversarios, con los que la fuerte rivalidad no impedía reconocer la necesidad de su existencia.¹⁹

Y fue en el sur de Buenos Aires donde los movimientos en busca de espacios para el fútbol encontraron, a su vez, territorios surcados por muy densas realidades socio-culturales, que hicieron que esa amalgama entre club-barrio prosperara con mucha mayor intensidad que en otras zonas. En la década del 20 ya estaban sólidamente afirmados los clubes que alcanzarían mayor popularidad en la Argentina en torno al Riachuelo, epicentro de los principales establecimientos industriales. Allí habían nacido Boca Juniors y River Plate; en Nueva Pompeya, Huracán y en Almagro, San Lorenzo, mientras que en la otra margen del Riachuelo, en el barrio-ciudad de Avellaneda, se hallaban los ya citados Racing Club e Independiente.

Con el mito de las dos fundaciones, el fútbol rioplatense iba afirmando su identidad a partir del “espacio simbólico” conformado en torno a las valoraciones de un estereotipado “estilo” de juego. Como sostenía Chantecler, luego del predominio de los anglosajones, los de origen latino que le sucedieron “cambiaron la fórmula de juego [...] y la acción colectiva cejó para dar paso al distingo individual”. Fue la época del “tecnicismo depurado, de la triquiñuela habilidosa, de la astucia y la sutileza”.²⁰

19. J. Frydenberg, “Prácticas y valores...”, *op. cit.*

20. Chantecler, “Las etapas del fútbol argentino”, *El Gráfico*, Buenos Aires, 22 de abril de 1938, p. 8.

En la década del 20, el “estilo rioplatense” alcanzó su consagración internacional. Al incorporarse el fútbol entre las disciplinas olímpicas, los Juegos celebrados en Colombes, París, en 1924, constituyeron la primera gran competencia mundial de este deporte y en ella se impuso Uruguay. Los siguientes Juegos de Amsterdam ratificarían en 1928 la hegemonía del fútbol uruguayo, nuevamente victorioso, y al que secundaba la Argentina con la obtención de la medalla de plata. En Uruguay los éxitos olímpicos afirmaron una idea de excepcionalidad conferida por el modelo socialdemócrata impreso por Batlle y Ordóñez que se valió de reformas sociales pero también de los atributos paisajísticos de Montevideo y las bondades del “estilo rioplatense”.²¹ Montevideo era verdaderamente una ciudad jardín cuando en 1929 Juan Scasso asumió como director de Paseos Públicos para articular sus funciones con el gran impulso oficial dado a la educación física. De ahí que el Parque Batlle y Ordóñez acogiera el estadio concebido por el propio Scasso, para ser inaugurado con gran celeridad al celebrarse el primer campeonato mundial de fútbol, en coincidencia con el centenario de la Independencia uruguaya. En medio de fastos coronados por una obtención del título que reafirmó el mito del “estilo rioplatense”, y a través suyo el de la excepcionalidad uruguaya que desafiaba los alcances del *crac* de 1929, las alusiones del estadio denominado —claro está— Centenario se desdoblaron para ir del juego al espectáculo masivo, del uso recreativo de los espacios verdes a la institucionalización de un nuevo ritual moderno, y del deporte en sí a la inmortalización de una celebración que, por sobre todas las cosas, involucraba la nacionalidad.²² La confrontación que desde el batllismo se estimuló entre el “estilo rioplatense” y la máquina contenía una innegable clave arielista, de la que derivó la articulación del igualitarismo ateniense con la secularizadora sustitución de la injerencia religiosa para hacer del Estadio Centenario el “Templo laico” uruguayo, “en el que la fuerza, la agilidad, la salud, el ingenio y el valor darán vida y perfume a la maravillosa flor de la Grecia”.²³ El Estadio Centenario fue en 1930, desde su nombre en sí hasta los logros deportivos que albergó y que le dieron particular singularidad, la más acabada respuesta material gestada

21. G. Vallejo, “Calcio sudamericano e Stadi rioplatensi”, *Casabella* 694, Milán 2001, pp. 42-45.

22. *Ibid.*

23. César Batlle Pacheco, “El Estadio Nacional”, *El Día*, Montevideo, 21 de julio de 1929, p. 5. *Cfr.* Gerardo Caetano, “Lo privado desde lo público. Ciudadanía, nación y vida privada en el Centenario”, *Sociohistórica* 7, p. 42.

en las primeras décadas del siglo XX por la cultura rioplatense en el afán de consolidar su propio “estilo”.

En Buenos Aires la popularización del fútbol ya había consolidado hacia 1930 otras particularidades: si en Uruguay la celebración de una fecha patria fue el factor de unidad para sublimar la divisa nacional y tuvo en un estadio el escenario aglutinante de ese objetivo, el fútbol argentino se popularizaba simultáneamente con el desarrollo de numerosos clubes en barrios de la metrópolis, que consolidaron en su diversidad, trasladado al papel identitario de cada estadio, un rasgo de singularidad internacional. Pero por sobre estas diferencias en torno a la unidad y diversidad de cada experiencia, sobrevoló un “estilo” en común. El transcurso del tiempo no haría más que afirmar ese “estilo”, afirmando la identificación por la forma en que en el Río de la Plata era llevada a cabo una práctica que reinventaba sus orígenes ingleses. De eso se trata el fútbol “criollo” que, aunque más no sea un simple juego, puede conmovernos cada vez que aquel “pibe” de las “orillas” borgeanas renace para que el “estilo rioplatense”, el de la “triquiñuela habilidosa” y “de la astucia”, se mofe de la rígida disciplina inglesa. Aunque también lo haga del *fair play*...